



“Shakespeare nunca lo hizo”, de Charles Bukowski, Anagrama, Barcelona, 1999.

“A Hollywood, Buen Hombre”

“Shakespeare nunca lo hizo”, de Charles Bukowski, Anagrama, Barcelona, 1999.

Por Agustín Squella



El escritor norteamericano Charles Bukowski (1920-1994) es el protagonista de la novela.

Shakespeare nunca lo hizo”, el último de los libros de Bukowski traducidos al castellano, es un relato del viaje que el escritor norteamericano (1920-1994) hizo por Europa en 1958. Un viaje que emprendió con cuatro amigos y acompañado de una joven, Linda Lee, quien respondía perfectamente a su nombre de pila según la muestra las fotografías de ambos que acompañan al volumen. “Lo único que necesitaba para viajar —gustaba decir Bukowski— es una máquina de escribir portátil, una pequeña bolsa con cigarrillos y ropa interior, un sacacorchos y una navaja”.

Lo del sacacorchos, como es obvio, se refiere a la conocida y reconocida afición de Bukowski por la bebida, la misma que alzó al fin a París y alzó al famoso programa de televisión conducido por Bernard Pivot y al que comparecieron también otros intelectuales franceses. Apenas llegado al estudio, Bukowski pidió dos botellas de vino blanco muy frío y se aplicó a beberlas en silencio, mientras los demás invitados hablaban hasta por los codos. Su primera frase, ya bien caído el programa, descubrió inmediatamente a Linda y a sus varios millones de lectores que vivían en ese momento la televisión: “Como a muchos escritores americanos importantes a los que les gustaba estar en este programa. Para mí, sin embargo, no significa gran cosa”. Su segunda frase consistió en pedirle a Linda que se fuera a la cocina que tenía instalada en su estudio en el edificio que le suministraba las pizzas para hacer su trabajo de una buena o mala crítica.

La escritura para vivir

Charles Bukowski dice en su libro que se dio cuenta tempranamente que no era una persona como todas y que debía hacer algo al respecto.

Primero, como periodista, pero fracasó dos o tres veces en el intento. Comenzó entonces que hacía que sobrevivir le era más o menos, haciendo lo que se

sabe. La muerte llegó inesperadamente y lo mejor es hacerla esperar un tiempo volviendo del trabajo que sea y retrasando lo más posible ese momento triste en el que la mujer se obliga a sentarse sola en una mesa y a pensar a primer en los días y los años de la vida, tal como hacen como vienes alemanes de carne colorada a los que Bukowski observó beber en la taberna de un pueblo cercano a Heidelberg. Bukowski sabía muy bien que como viejo desde el mismo día que nos sentimos a escuchar el ruido de la lluvia y nos preguntamos a dónde se ha ido todo.

Escribir fue el truco que eligió Bukowski para mantenerse a flote. Escribir, mucha bebida e ir por la vida en permanente plan de camorra. De ahí ahora le da la novela, aunque Bukowski sólo interviene en una película cuando se trata de salir en defensa de los periodistas. Dicha el que tanto en las acontecimientos deportivos como en los de carácter espiritual, padecía de una enfermedad que consistía en sentir a los periodistas. Una “enfermedad”, la cultivaba, él pero uno podría decir —aunque la palabra no resulte de su agrado— que se trataba de una auténtica virtud.

“Mis sentimientos —confiesa en una parte de este libro— se dirigían a los locos, a los locos, a los condenados y a los perdidos, no por compasión, sino por camaradería, porque yo soy uno de ellos”.

Todo lo que le interesa a la mayoría de la gente después a Bukowski, completamente indiferente. Ello incluyó desde ver televisado, tener putas en casa y salir a una sucursal a comprar de arte. Entonces, cómo podía una persona escribir sobre algo si no está interesada en nada? Simplemente, escribiendo sobre el resto: “un perro perdido caminando entre abaje, una mujer que asienta a su marido, los pensamientos de un violador

mientras da un mordisco a su hombro, la vida en una fábrica, los habitantes de los pueblos, los mutilados y los locos”.

“Oportunidad en la vida”

Cubiertos con una frazada y leyendo rápidos garces de los Bukowski y Linda visitaron Andernach, la ciudad natal del escritor, y otros lugares de Alemania. En Hamburgo tuvo lugar la principal de sus conferencias y lecturas poéticas, y él se mostró sorprendido por la cantidad de jóvenes alemanes que conocían su obra. Antes de dejar Alemania hasta a Mannheim como su ciudad predilecta y en el hipódromo de Düsseldorf desconectó a los reporteros que lo seguían con la siguiente declaración: “No me importan para nada los caballos, y si durante toda mi vida he ido a los hipódromos es para observar a los jockeys como ellos lo hacen regando su jardín o sacando brillo al apartamento. Lo que yo busco en los hipódromos es una oportunidad en la vida”.

Bukowski era un hombre rudo al que no le gustaban los viajes, salvo tal vez por lo que nos viene a nos por lo que todo viaje en la que experimentamos ya el placer de volver a casa. De ahí se alegró al regresar a los Estados Unidos y divertirse a la salida del aeropuerto de Los Angeles una magnífica fila de taxis amarillos. Él y Linda salieron al primero de esos taxis, y cuando el conductor hubo puesto el equipo en el maletero, Charles Bukowski, él más brevemente los escritores norteamericanos, el último de la llamada primera ola mexicana, se bajó en el último taxí del automóvil con la satisfacción de un soldado que se le da a decir una vez más.

“A Hollywood, buen hombre”

"A Hollywood, buen hombre" [artículo] Agustín Squella.

Libros y documentos

AUTORÍA

Squella, Agustín, 1944-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"A Hollywood, buen hombre" [artículo] Agustín Squella. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile